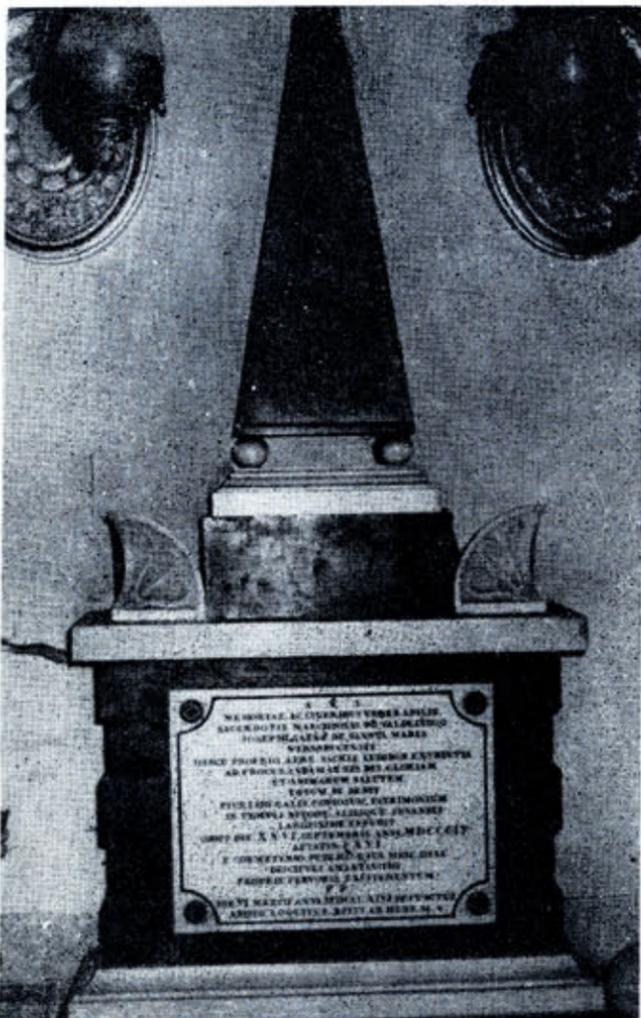


UN VERACRUZANO ILUSTRE

Salvador MORENO



Sr. DON José Sáenz de Santa María
SEPULCRO del fundador de la Cueva



CUANDO estuve en Cádiz en 1952, quise visitar el *Oratorio de la Santa Cueva* porque sabía, según la tradición gaditana, que fue para este templo y no para la catedral que Haydn escribió sus *Siete palabras*. Sabía también que en una de sus capillas existen tres lienzos de Goya y cuadros y esculturas de artistas de la época; que el edificio, arquitectónicamente, es de una sobriedad y buen gusto poco frecuente en el siglo XVIII español y que, bajo la doble planta de la capilla y el oratorio, existe, subterránea, una cueva que servía para ejercicios espirituales a una congregación de hombres solos. En un sencillo sepulcro, se encuentran los restos del fundador: José Sáenz de Santa María, marqués de Valde-Iñigo, creador de este pequeño mundo de la más severa espiritualidad y la más alta calidad artística. En la lápida, bajo su nombre, la palabra:

VERACRUCENSIS

En 1954, al embarcar en Veracruz nuevamente hacia Europa, busqué en la *Parroquia de la Asunción* el libro de nacimientos y bautizos correspondiente a la fecha de nacimiento del marqués. El señor Daniel López Valenzuela, secretario del templo, me mostró el pequeño archivo en el que falta, justamente, el que contiene los registrados durante la primera mitad del siglo XVIII.

En Cádiz, gracias al señor Serafín Pro Ruiz, cronista de la ciudad, pude consultar algunos de los libros y documentos que se refieren al *Oratorio de la Santa Cueva* y a su fundador. En todos ellos, se asienta el origen veracruzano del marqués de Valde-Iñigo y se dan toda clase de detalles referentes a su vida y a su obra.

En cuanto a las *Siete palabras* de Haydn, los biógrafos del gran músico no han tomado ningún empeño por determinar a quién se debió la idea del encargo de esta obra, una de las más importantes de la historia de la música y crucial en la obra del compositor. Unos y otros se limitan a repetir que fue escrita para el servicio de la catedral de Cádiz y, a falta de un nombre, atribuyen la idea del encargo a cualquier *canónigo* o a la ocurrencia de una *familia española*, o a la simple participación de Haydn en un *concurso*, etc., etc. En algunas biografías, se citan las supuestas declaraciones del propio Haydn, aparecidas en algunas de las primeras ediciones de *Las siete palabras*. Haydn, desde su Viena, no le interesaba sin duda comprender a qué se refería lo de la *Santa Cueva* y le era más fácil pensar que se trataba de una cofradía existente en la propia catedral.

No faltan, sin embargo, autores más verídicos como Ricardo Benavent, que dice: "*Las siete palabras* —episodios para cuarteto, llenos de misticismo y de santa poesía— escritos para la *Cueva del Rosario*, de Cádiz". (*Haydn, Mozart y Beethoven*. Valencia, 1907).

En el importante libro de H. C. Roblins Landon, *The Symphonies of Joseph Haydn* (Universal Edition. Rockliff. London 1955) se insiste, o mejor dicho se repite, que *Las siete palabras* fueron escritas para la catedral y que, según el prefacio a la edición hecha por Breitkopf en 1799, Haydn estuvo en relación con un obispo (!) para ponerse de acuerdo en la duración de cada parte musical.

El carácter puramente instrumental que la obra tuvo en un principio (y alguna otra versión con un pequeño recitativo acompañado al principio de cada trozo) y el posterior contexto (de Gollfried van Swieten, según Landon) para cuatro voces y orquesta, ha contribuido a que no se haya determinado el género musical a que pertenece. Algunos autores la catalogan entre los cuartetos, como Op. 51, si bien como una *suite de morceaux religieux*.

(Suazay. París, 1861) y otros la sitúan entre las obras orquestales y los oratorios.

El título con que apareció en la primera edición, dice Michel Brenet, en *chez Artaria* fue: *Musica instrumentale sopra la sette ultime parole del nostro Redentore in croce, o siano sette Sonate, con un introduzione, ed al fine un Teremoto*.

La disciplina a que se sujetó Haydn para escribir siete movimientos lentos (además de la *introducción* y el *terremoto*) de inspiración contenidamente dramática dejó en su ánimo de compositor una profunda huella, como explica y analiza Robert Sondheimer (citado por Landon) y puede comprobarse en sus obras posteriores.

Las crónicas de la época y no sólo la tradición gaditana prueban que *Las siete palabras* fueron compuestas para el *Oratorio de la Santa Cueva* y por la misma razón tampoco puede dudarse de la intervención del marqués de Valde-Iñigo en el encargo de la obra. De los documentos consultados, se concluye lo siguiente.

José Sáenz de Santa María nació en Veracruz el 25 de abril de 1738. Fue hijo de don Pedro Sáenz de Santa María y de doña Ignacia Sáenz Rico, ambos de la nobleza de La Rioja española. Al morir su madre en Veracruz el año 1750, su padre lo trajo a España. A los veintitrés años de edad, por privilegio especial fue ordenado sacerdote (por el célebre obispo de Cádiz don Fr. Tomás del Valle). Vivió en Madrid algunos años y volvió a Cádiz donde pasó el resto de su vida hasta su muerte, el 26 de septiembre de 1804.

El 17 de abril de 1783 fue inaugurada la *Santa Cueva*, para la que "expidió dicho Señor sumas considerables en su adorno y funciones, siendo entre estas sumamente notables las de *las tres horas*, que costó muchos años y que se hicieron famosas en todo el reino". Dos años más tarde, en 1785, Haydn escribió por encargo de esta congregación y para servicio de ella sus *Siete palabras*.

Entre las personas que rodeaban al marqués, uno de los íntimos fue don Francisco de P. Micón, marqués de Méritos. La principal afición de este personaje, de ascendencia italiana, era la música. Durante las funciones de *Semana Santa*, fungía como maestro de capilla, para lo cual reunía y formaba con sus amigos una orquesta que, durante el *sermón de las tres horas*, tocaba trozos para *meditar* sobre cada una de las *siete palabras*. El fue el encargado, de acuerdo con el marqués de Valde-Iñigo, de escribir a Haydn, con quien al parecer ya sostenía correspondencia, para encomendarle la música que debería alternar con el sermón.

Con las palabras mismas, un tanto ingenuas del cronista don Nicolás María de Cambiaso y Verdes, sobrino del marqués de Méritos, quiero referir este episodio: "Como era reconocido maestro de capilla, se le encargó la correspondencia con el bien conocido músico alemán José Haydn, el que trabajó una completa obra para el acto y la formó tan elegante y patética como digna de su autor; pero confesó el maestro Haydn que más se debía la composición que remitía a la exposición que había recibido por escrito del señor de Micón que a su propia invención, porque aclaraba de un modo tan singular todos los pasos que le parecía, cuando estaba leyendo las instrucciones recibidas de España, leer sólo música".

La memoria del marqués de Valde-Iñigo se encuentra viva aún en el *Oratorio de la Santa Cueva*, de Cádiz. Junto a su sepulcro, se conservan casi todas las obras de arte por él encomendadas y en la cueva la *cátedra* desde la cual dirigía los ejercicios. La música tampoco ha desaparecido... Caso afortunado de mecenazgo el de este criollo ilustre, en que el posible oro de Nueva España se aligeró, en sus manos, del peso material para brillar solamente en el espíritu y el arte.